

MÉXICO ANTE EL MERCADO COMÚN DE AMÉRICA DEL NORTE

SUMARIO: 1. *Planteamiento.* 2. *Razones para integrar un Mercado Común.* 3. *Estrategias para la integración.* 4. *Opciones.*

1. PLANTEAMIENTO

Un mundo cambiante requiere transformaciones estratégicas, en los centros de poder. Ha sido una constante, fácil de identificar, la proyección de dominio en el continente americano y con respecto a México, de los Estados Unidos: la expansión territorial durante el siglo XIX que se manifiesta en compras de territorios como Alaska y la Florida y con otros movimientos de extrema gravedad como la guerra con México en 1846 que responden a un programa de preponderancia política, expresados teóricamente en la doctrina Monroe, formulada en 1823 y en la Doctrina del Destino Manifiesto, precisada en 1912 por el Secretario de Estado Norteamericano Elihu Root. Como piezas de la misma estrategia aparece el sistema interamericano que nació al proponer el señor Blaine, Secretario de Estado Norteamericano, mecanismos de cooperación continental que culminaron en la institucionalización de la Unión Interamericana, concebida originalmente como sistema de contrapeso a la creciente penetración de intereses económicos en el Continente Americano.

Con una visión teórica, con el desarrollo de políticas intervencionistas y con el establecimiento de instituciones continentales, América ha aparecido en la proyección internacional de los Estados Unidos como zona de influencia natural. El interés de los Estados Unidos en esta zona natural de predominio ha sido variable de conformidad con sus compromisos mundiales y con la situación prevaleciente en los distintos países. La confrontación de la guerra fría originó una concentración de la atención en el resurgimiento de Europa. La guerra de Corea y la guerra de Vietnam propiciaron un enfoque de los intereses prioritarios en estas regiones conflictivas donde se encontraba en juego la supremacía mundial. En sentido contrario, los acontecimientos políticos de Guatemala en 1954, de Cuba en 1958, de Santo Domingo en 1965, de Brasil en 1964, de Chile a partir de 1970, marcan la reorientación del interés norteamericano hacia la zona ante el espanto ideológico respecto al comunismo y ante la amenaza potencial del desquiciamiento de la influencia en la zona continental.

La concretación en presiones e injerencias del interés estadounidense recorre una gama amplia de medidas. Desde el recurso tradicional de la

intervención armada directa a la orquestación de golpes de estado, hasta el ensayo de otras fórmulas de acercamiento y de control: la Alianza para el Progreso y la constitución de ejes subregionales de desarrollo político y económico, afines con el modelo de la superpotencia.

Al momento presente no es posible descartar en el manejo de la política exterior norteamericana ninguno de los extremos políticos. Es posible que por el costo que encierra una medida radical de intervención directa o indirecta, se dé preferencia al diseño de políticas de "colaboración" o de "sociedad", pero sin que se elimine la opción de un compromiso directo. Hasta ahora ha sido hipotética la intervención militar en el Medio Oriente para asegurar el abastecimiento de petróleo, pero los más altos dirigentes norteamericanos en su momento, Schlesinger, Kissinger, Nixon, Brown, no han dejado de manejarla como una opción terminal de supervivencia. De igual manera, la crisis de Nicaragua se ha desenvuelto entre el fantasma de una intervención militar por el peligro de que se constituya un gobierno de filiación castrista que pudiera levantar un frente con Cuba y Jamaica, en medio de una Centroamérica en convulsión revolucionaria, como lo demuestran los casos de Guatemala y El Salvador, recientemente.

Así, México, en el momento en que inaugura su proyección de potencia petrolera se encontrará inmerso en el abanico de alternativas norteamericanas tradicionales: una eventual intervención directa para asegurar el suministro de energéticos, presiones de diversa índole y ofrecimientos de participación en una sociedad común. En este plano de razonamientos se ubica la propuesta de constituir con México y Canadá un Mercado Común del Norte que se ha planteado en medios oficiales, en círculos empresariales y que es también objeto de ejercicios de imaginación por académicos.

2. RAZONES PARA INTEGRAR UN MERCADO COMÚN

2.1. Los Estados Unidos continúan disponiendo del recurso de la fuerza militar. No debe dudarse que ante un peligro inminente de supervivencia, los Estados Unidos afrontarán el riesgo de intervenir de cualquier manera para asegurar sus intereses. Los nuevos Tratados sobre el Canal de Panamá prueban la difícil combinación de la condescendencia con un país débil y la reserva de utilizar cualquier medio, inclusive el militar, para mantener la vía interoceánica abierta a la navegación, cuando así lo exijan los intereses norteamericanos. Un punto de partida elemental dentro del espectro de las relaciones de México con los Estados Unidos será el de la amenaza de una intervención directa. Ésta habrá de ser mayor en la medida en que el desarrollo de nuestros recursos energéticos se vinculen más profundamente a la actividad económica normal de los Estados Unidos. La reanudación de las negociaciones sobre la venta del gas natural, apunta en esta preocupante dirección.

No obstante, el recurso de la intervención armada será siempre una última y emergente acción. En primer término porque implica un costo económico,

social y político de gran envergadura. En segundo, porque la historia reciente es rica en evidencias de que las soluciones militares han producido un efecto contrario. La invasión a Bahía de Cochinos o la agresión a Vietnam se tradujeron en derrotas estrepitosas. La guerra de Corea ha sido una difícil contención que ha exigido todo el compromiso de la superpotencia. Aun el apoyo irrestricto a gobiernos dictatoriales, aliados de los intereses estratégicos y económicos de los Estados Unidos, ha demostrado su incapacidad para contener a las fuerzas sociales y para frenar la evolución política de los pueblos. Los descalabros más notables de los Estados Unidos en los últimos años surgen de las forzadas soluciones antihistóricas. El naufragio de la monarquía iraní arrastró consigo a toda la estrategia norteamericana en el Oriente Medio. El derrumbe de Somoza exige la redefinición política norteamericana en Centroamérica y el Caribe. El uso de la fuerza está probando ser una solución temporal pero no la creación de una alternativa viable para los propios objetivos estadounidenses. Es por ello que sin que se abandone como amenaza o como recurso real la intervención militar se pretenda sustituirlo con medios que a mediano y largo plazo eliminen el riesgo de una reacción desquiciante.

2.2. Se ha hablado de una serie de descalabros que han experimentado los Estados Unidos en los últimos años. El repaso ofrece conclusiones en extremo interesantes. Los casos más señalados son la consolidación de la Revolución Cubana, el triunfo de Vietnam en 1975, el reconocimiento a la República Popular China en 1979, después de varios años de acercamiento. Sin embargo, en estos momentos existe un desafío a la influencia tradicional en diversas regiones. Indochina, con Vietnam y Cambodiaa, se encuentra orientada a favor de la Unión Soviética. En el Medio Oriente, sin que los acontecimientos marquen un giro automático o total en beneficio de la URSS, se aprecia la constitución de un gobierno hostil a Occidente en la hoy llamada República Islámica de Irán; una redefinición política de Pakistán en contra de los Estados Unidos, un gobierno marxista en Yemen del Sur que se encuentra en conflicto con Yemen del Norte; un gobierno prosoviético en Afganistán. Los reacomodos y la eferescencia zonal están cercando a Arabia Saudita que ya ha hecho pública su intención de reconsiderar su tradicional política antisoviética. Se encuentra en juego, entonces, un predominio estratégico norteamericano, pero, a mediano plazo, se presenta el peligro del abastecimiento petrolero por parte del principal país exportador que, por añadidura, es todavía uno de los principales aliados norteamericanos que ha accedido a aumentar su producción en diversas etapas de crisis.

De ahí que, estratégicamente, como resultado de los reajustes en la constelación de poderes, los Estados Unidos pretendan como primera maniobra defensiva cerrar sus áreas inmediatas y periféricas y, al mismo tiempo, lograr la autosuficiencia de recursos energéticos y de otras materias primas vitales que se encuentran en gran disponibilidad en Canadá y México.

Se aprecia como estrategia a seguir el delinear sistemas de cooperación estrecha que resulten más sólidos que las meras políticas impositivas. La

eliminación de diferencias y aun de antagonismos históricos tendiente a lograr mecanismos de integración se ha visualizado para montar, sobre la cooperación económica, un modelo geopolítico. Por ejemplo, de manera insistente se ha planteado la integración de Israel, Arabia Saudita y Egipto, para contrarrestar los desequilibrios de la zona. En esta formación contribuirían Israel con tecnología, Arabia Saudita con recursos financieros y Egipto con mano de obra. El ensayo de estos modelos novedosos de integración es un recurso de la política exterior norteamericana que habrá de manejarse insistentemente en el futuro.

2.3. Los descalabros políticos conllevan un menoscabo en los aspectos económicos. En la medida en que se produce un distanciamiento con un aliado se afectan las relaciones comerciales. Durante 1978, por causa de la crisis en el Irán, este país suspendió la compra de equipo militar y de otros insumos por aproximadamente mil millones de dólares. Esta cifra, carente de importancia en sí misma por su volumen dentro del total norteamericano de exportaciones, constituye un dato indicativo del efecto que hacen sentir las crisis políticas en la dañada balanza comercial de los Estados Unidos. Es por ello que se intenta asegurar un ámbito geográfico inmediato que estimule la actividad económica. Para ello existe ya con respecto a México, un ensamble de relaciones económicas en importantes materias como el comercio exterior, la transferencia de tecnología, el turismo, la inversión extranjera y las maquiladoras que revela una creciente interdependencia entre las dos formaciones estatales.

En este mismo orden de ideas procede distinguir la cerrada competencia que se da entre los grandes bloques capitalistas del mundo. Sería una apreciación miope entender a los centros del capitalismo como una fuerza económica monolítica carente de contradicciones. Entre los Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y Japón se presenta una acusada competencia comercial y una pugna por el acaparamiento de las fuentes de materias primas.

En un momento caracterizado por la contracción del comercio mundial y por la emergencia de políticas proteccionistas que cubren aproximadamente el 20% del comercio mundial, los ejes industriales capitalistas del planeta intentan asegurar los espacios periféricos, entendidos como espacios adyacentes o como áreas de influencias tradicionales, para desviar hacia ellos las corrientes comerciales que son objeto de barreras en otros mercados.

De ahí que México ofrezca, en la coyuntura presente y en las perspectivas a mediano plazo, una situación inmejorable por el esperado dinamismo de su economía, resultante de los ingresos derivados del petróleo.

2.4. Se ha mencionado ya la experiencia que arrojan las últimas décadas en la política mundial. El mayor enemigo para los intereses privados no son las ideologías o los modelos abstractos de organización política. El enemigo visible y difícilmente neutralizable surge de las condiciones de vida raquíticas de los pueblos que buscan como solución otras opciones ideológicas y otros modelos de organización política. Ello explica por qué se maneja como

contraofensiva a la crisis del Oriente Medio la derrama de recursos a través de supuestos "Planes Marshall" que algunos países como Egipto y como Turquía están prestos a pactar ilusionados por una ayuda milionaria.

Es indudable que uno de los elementos más preocupantes para los Estados Unidos en el sistema de vecindad lo constituyen las contradicciones sociales, económicas y políticas de México. El deterioro aún mayor de las condiciones presentes puede desembocar en una inestabilidad social que independientemente que afecte a la estructura consolidada del Estado, puede impactar a los intereses norteamericanos radicados en el país. De otra parte, la inestabilidad demandaría una rigidización de las políticas gubernamentales que no necesariamente se traducen en seguridad social y en un clima de equilibrio político.

Así se explica la estrategia del "desarrollo preventivo" como contrapartida a un movimiento revolucionario de desenlaces imprevistos, que los sectores conservadores de los Estados Unidos temen podría desembocar en el extremo de un régimen prosoviético en México. El general Gordon Summer, ex-jefe de la Junta Interamericana de Defensa, en un coloquio sobre México, organizado por la agrupación conservadora denominada "Consejo de Seguridad de los Estados Unidos" destacó la importancia geoestratégica de México como ambición política de la URSS. Otro participante, el profesor Rojer Fontaine aludió en su ponencia al peligro de actos terroristas en la zona fronteriza como consecuencia de una eventual desestabilización política y social en nuestro país. Estas previsiones sólo muestran el temor creciente sobre los problemas sociales y económicos en México y la conveniencia, según apuntó el propio Fontaine, de que los Estados Unidos establezcan una política de cooperación con México para lograr un desarrollo estable. Mercomún, desarrollo preventivo, evolución estable, parecen soluciones evocadas por una inquietud profunda sobre el destino futuro de la nación mexicana. (*Excelsior*, 15 de marzo de 1979, p. 3-A.)

De manera concreta tenemos el problema de los trabajadores indocumentados. El análisis de las concausas que inciden en la emigración masiva de mexicanos en busca de trabajo se encuentra más allá del límite del presente ensayo. Esta gran masa de población no fácil de determinar numéricamente, pero que, de conformidad con cálculos conservadores, llega a cuatro y medio millones de personas. Para los Estados Unidos —aun cuando la óptica mexicana no coincide con las apreciaciones norteamericanas— se está generando un desplazamiento de trabajadores estadounidenses, una fuga de divisas, la evasión de impuestos y de pagos de seguridad social, conflictos en las áreas urbanas y un efecto para ellos en extremo preocupante: la contaminación social y racial que supuestamente les producen estos trabajadores ilegales. El levantamiento de alambradas, el uso de sistemas electrónicos sofisticados, el patrullaje oficial y privado en las fronteras no han contrarrestado el flujo de población trabajadora. Sólo la gravedad creciente del conflicto ha brindado cierta luz de realismo al análisis de la situación. Se empieza a comprender que no es un problema unilateral de México y que la solución no puede descansar en medidas contencionistas de poca efectividad final y

que acarrean en alguna forma la animadversión de las minorías nacionales en los Estados Unidos.

En tal virtud, se ha contemplado la realización de inversiones en zonas económicamente deprimidas de México y planes como el del Presidente Carter que han bosquejado soluciones parciales de legalización a los indocumentados. Hasta el momento no existen soluciones realmente bilaterales que consecuentemente ataquen en su fondo esencial este espinoso problema. Lo que sí está claro es la magnitud del mismo y el interés nortamericano por reducirlo a situaciones controlables. El diseño de un "desarrollo preventivo" que haga descender los índices de desempleo y que estimule el desarrollo regional habrá de ser un esquema teórico de solución que se intente implantar en la realidad dentro del objetivo de la propia supervivencia. Aquí se ubicaría, precisamente, la idea de elaborar alguna forma de asociación que estimulara el crecimiento económico de México y mitigara la demanda de trabajo.

Por otro lado, conviene tener presente que es a tal punto importante la crítica situación de los indocumentados y de las contradicciones sociales que muestra el país que, paradójicamente, surge como uno de los mejores elementos de negociación por parte de México.

2.5. Los yacimientos petrolíferos descubiertos en México a partir de 1974, que lo han colocado como el sexto país en reservas petroleras; la creciente demanda energética de las plantas industriales de occidente y el suministro variable de las fuentes abastecedoras tradicionales le han brindado a México un valor geopolítico inesperado.

Se ha insistido que el petróleo mexicano no ha sido considerado dentro de los planes norteamericanos para el futuro inmediato. No obstante, la disminución de las ventas de Irán, la elevación de precios decretada por la OPEP y el consumo creciente de energía en Norteamérica conducen a la ecuación del interés directo e inmediato del vecino país sobre el petróleo mexicano. No es de extrañar en este contexto que uno de los objetivos prioritarios de los Estados Unidos es influir en la decisión del gobierno mexicano para que aumente el ritmo de la producción y de las exportaciones. Recientemente, Julius Katz, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Económicos, advirtió que los Estados Unidos deberán promover la exploración y la explotación de petróleo, gas y otras fuentes de energía en los países subdesarrollados, rubricando esta consideración con la aseveración de que México constituye una de las prioridades para su política estratégica global. (*El Día*, 3 de abril de 1973, p. 3.) De conformidad con la óptica unilateral diversos académicos y miembros del establecimiento político norteamericano tienen la esperanza de que México exporte a los Estados Unidos para 1985 un promedio de dos a cuatro y medio millones de barriles diarios. La cantidad debe relacionarse con la proximidad geográfica que añade un valor estratégico a los yacimientos mexicanos y a la circunstancia de que éstos se encuentran en la rampa del Atlántico que cierra la "tijera energética" del abastecimiento petrolífero y del gas natural por la rampa

del Pacífico proveniente de Alaska y Canadá. Así, la idea de una unión de cualquier tipo, "alianza energética" o "integración económica" no es solamente un modelo teórico de especulación académica. Corresponde a necesidades de consumo, a un esquema estratégico de fortalecimiento de la superpotencia y se monta sobre condicionamientos geopolíticos e imperativos económicos. La posibilidad de influir en la capacidad decisoria autónoma del gobierno mexicano será mayor en la medida en que las vinculaciones se acrecienten y se profundicen y, en el grado en que el desarrollo económico del país se oriente al destino de los Estados Unidos.

Por ello, como se anticipaba en párrafos anteriores, la venta de gas mexicano a los Estados Unidos, si bien se encuentra justificada por razones comerciales y por la abundancia del recurso que surge asociado al extraerse el petróleo, sin otras opciones que quemarlo o reinyectarlo a los depósitos, produce una ligazón peligrosa con la marca de la economía norteamericana que agudizará nuestra dependencia.

Sólo una plena conciencia de los riesgos involucrados y la ponderación detenida de las alternativas y consecuencias, podrá neutralizar los peligros de esta difícil disponibilidad geoestratégica del petróleo en los años ochenta.

Por sí mismo el petróleo no logra igualar las diferencias estructurales de un eje dominante y de una formación dependiente, pero, en sentido contrario, la simple apreciación numérica o cuantitativa de elementos de influencia norteamericana no basta para neutralizar al elemento energético de México en virtud de la importancia cualitativa que éste tiene para los Estados Unidos en su amplio y complejo espectro de prioridades. Si vale la metáfora: se enfrentan diversos problemas vertebrales a un problema yugular. Cerraría esta reflexión el análisis de que una relación interdependiente implica un engranaje de intereses en las dos direcciones. El socio mayor no puede escapar a las penetraciones de la contraparte en su esquema unilateral de decisión. Fuerza y debilidad se entrecruzan en un complejo que se sobrepone al arbitrio simplista de la dominación unidimensional.

3. ESTRATEGIAS PARA LA INTEGRACIÓN

Aun cuando la idea del Mercado Común de la América del Norte ha sido manejada en otras ocasiones, por lo menos con una reducida validez retórica por el exgobernador Connally, ha sido en fecha reciente, con el trasfondo condicionante de los trabajadores indocumentados y el descubrimiento de los yacimientos petrolíferos que se ha lanzado el proyecto de la "integración económica". Con motivo de la visita del Presidente James Earl Carter a México, en febrero de 1979, el Departamento de Estado elaboró un diseño de políticas a seguir dentro de un replanteamiento de las relaciones que incluyó la propuesta de establecer un Mercado Común de la América del Norte. Tal propuesta se ubica en una redefinición de los mecanismos tradicionales de negociación. Ésta se entiende hoy, no como la imposición unilateral de soluciones sino como la armonización de intereses opuestos para

obtener ventajas recíprocas. Así se establecen los "tratamientos preferenciales", por lo menos con países de desarrollo medio o de valor geopolítico especial que son de importancia para los intereses de los grandes centros transnacionales de poder. Véase en vía de ejemplo el plan de la Comisión Trilateral tendiente a incluir dentro de su sistema de consulta, de reclutamiento y de influencia, a países periféricos, entre ellos México.

Ahora, ¿qué tipo de asociación persiguen los Estados Unidos? En este sentido se ha manejado una variada nomenclatura. De los diferentes términos se infieren modelos distintos. Grupos de legisladores, obsesionados por la supervivencia ante la crisis energética han solicitado al residente Carter la formación de una "Alianza Energética" que, sin estar detallada, debería comprender la suma de recursos canadienses y mexicanos, el convencimiento para que nuestro país incremente la explotación de los recursos a cambio de ayuda financiera para el ramo del petróleo. Tal propuesta se restringe al interés exclusivo de los Estados Unidos que demuestra la importancia que se concede a los recursos energéticos del país.

De manera semejante, la empresa Blyth, Eastman, Dillon and Company, en un informe especial ha llegado a la conclusión de que debe promoverse un Mercado Común de Energéticos de América del Norte que logre integrar los recursos energéticos y minerales de Canadá y México y cubrirlos con la sombrilla militar de los Estados Unidos. Es obvio que por la importancia de esta empresa y por los mecanismos políticos de "lobby" la propuesta ha llegado seguramente a los legisladores norteamericanos quienes ya han hecho el planteamiento al Presidente Carter. (*Excelsior*, 15 de marzo de 1979, p. 3-A, 22-A, "Transnacionales de E. U., por un Mercomún del Petróleo".)

El término "Mercado Común" se ha empleado obviamente con ligereza. Este estadio de la "integración económica" comprendería fases previas: el establecimiento de una "zona de libre comercio" y el escalón inmediato superior de la "unión aduanera". Es probable que de elaborarse un proyecto de integración se trataría de concretar en el primer estadio: "la zona de libre comercio", en virtud de que el Mercado Común implicaría la libertad de circulación de capitales, de servicios, de personas y, de particular importancia en el actual contexto, la libertad de circulación de trabajadores. Es obvio que a esta última libertad se le opondría un freno y se intentaría encauzar un sistema de integración al renglón del comercio que adquiere relevancia ante los elementos antes mencionados de la competencia comercial entre los bloques capitalistas y por la disponibilidad de recursos que implicará el petróleo, recursos que derramarán los países industriales y que se pretenden recuperar vía la exportación de otras mercancías, principalmente productos electrónicos y bienes de capital. Así, es menester identificar con nitidez los objetivos. No se buscará un Mercado Común. México es quien se debería interesar, no en una mecánica integracionista sino en una relación paquete que comprenda soluciones reales a los trabajadores indocumentados.

Esta apreciación encuentra apoyo en el estudio que está elaborando el Comité de Finanzas del Senado para el establecimiento de un Mercomún entre Estados Unidos, México y Canadá que tendría por fin, según las in-

formaciones, la unificación de las políticas comerciales y la articulación de los tres Estados como principales socios comerciales y como suministradores de materias primas y de artículos manufacturados. (*Uno más Uno*, 8 de junio de 1979, p. 22.) El interés integracionista se centra básicamente en el comercio y tiene como fuerza animadora la compra del petróleo y la venta de productos manufacturados.

Los medios para llegar a un sistema de integración económica tienen particular trascendencia. Al respecto se encuentran las vías fáctica e institucional o la profundización de la opción fáctica para arribar a la opción terminal de la institucional. Esto es, que se pretenderá acrecentar la dependencia dentro de un esquema de interdependencia para establecer mecanismos institucionales de integración a mediano o largo plazo.

Cabe aclarar que la integración económica presupone, para la eficaz complementación de las economías nacionales, niveles semejantes de desarrollo. Por ello, la vinculación entre México y Estados Unidos tendería a acentuar los desequilibrios y a movilizar los beneficios en dirección del socio preponderante. El canciller Jorge Castañeda, en una de sus primeras conferencias de prensa (*Novedades*, 5 de junio de 1979, p. 12) declaró, negando precisamente la procedencia de un Mecomún de la América del Norte, que "estos movimientos de integración son posibles, primero, cuando son resultado de una larga evolución, de un largo proceso de integración paulatina y, segundo cuando hay un mínimo de homogeneidad dentro de la comunidad que se contempla, pero cuando hay tal heterogeneidad, tal asimetría de poder, es muy difícil concebir una comunidad regional semejante". Existe, pues, una posición de Estado clarificada por el Secretario de Relaciones Exteriores sobre esta cuestión. De ahí que los Estados Unidos habrán de orientar su política hacia los métodos indirectos de integración, y, de ahí, también, que México deba identificarlos con toda claridad. Precisamente, lo que México debe cuidar es la "integración paulatina".

La relación de México con los Estados Unidos brinda características especiales. No sólo influye en contra de nuestro país la estructura de dependencia económica y el desbalance político y militar; los Estados Unidos tienen un gran abanico de influencias y presiones en el plano multilateral, particularmente en las organizaciones internacionales económicas como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT.

Es preocupante en este contexto que México se vea obligado a aceptar los lineamientos de política de estas instituciones que persiguen la implantación a nivel mundial de un modelo de desarrollo y un patrón ideológico netamente capitalistas. Con motivo de la crisis económica de 1976, México concluyó un acuerdo con el FMI, en el que se aceptó una limitación del gasto público, un crecimiento moderado de los salarios, el estímulo a la inversión privada, etcétera. Desde fines de 1978 ha ocupado la atención de la opinión pública el problema del ingreso al GATT. Independientemente de que México logre negociar con éxito los términos del ingreso, de adherirnos al Acuerdo, nos someteremos a una dinámica de relaciones comerciales que tienden a restar al Estado atribuciones en la conducción de la vida económica. El ya

citado proyecto de Mercomún, en estudio por el Comité de Finanzas del Senado Norteamericano, liga la integración comercial a las presiones para el ingreso de México al GATT, como estrategia de uniformación. De esta suerte, por el camino de las alternativas multilaterales, se intenta trazar el mecanismo integracionista bilateral; diluir las políticas estatales a través de los compromisos internacionales. Esto, en el entorno de un replanteamiento de las relaciones que concretizan el manejo de las presiones por la vía indirecta y de acuerdo con la finalidad de "privatizar al Estado".

A esta estrategia de sustituir las presiones directas con las presiones a través de instancias internacionales, se une la proyección transnacional de un conjunto de valores y mensajes culturales o anticulturales que se intenta sobreponerlos en las tradiciones nacionales que cohesionan todavía a las unidades estatales. En nuestros días, a pesar de la crisis por la que atraviesa el Estado nacional, sigue constituyendo una barrera al libre juego de las fuerzas económicas transnacionales. Vietnam ha brindado esta lección histórica: en abril de 1975 con la toma de Saigón, hoy Ciudad Ho Chi Minh, por el pueblo vietnamita, se rubricó el triunfo de la nación sobre el imperio. Ello explica el despliegue de mensajes y la propagación de patrones de consumo, hilo conductor de una ideología, que intentan erosionar al soporte sociológico del Estado: la Nación.

Resultan preocupantes, en este orden de ideas, las actitudes pronorteamericanas de las élites económicas del país y aun de ciertos segmentos de la clase política. La respuesta debe ser la adecuación de los medios de comunicación masiva a los intereses culturales propios que son el basamento del sentimiento nacional y el estímulo gubernamental a los centros de la alta cultura para frenar la penetración de formas desnacionalizadoras.

4. OPCIONES

Por evidentes inconveniencias del presente y por una pesada carga de experiencias históricas, la opción de constituir un Mercado Común de la América del Norte es en definitiva inaceptable para México. En las condiciones presentes el país está obligado a desarrollar otras alternativas que contrapesen las maniobras indirectas tendientes a lograr en el plano fáctico las bases de una integración económica a mediano plazo.

Hoy como ayer el rumbo prioritario de la política exterior mexicana se dirige hacia América Latina. El problema estriba en que predominan gobiernos militaristas y represivos con quienes difícilmente pueden establecerse programas de cooperación, que logren un bloque solidario. Los ensayos de integración económica, como la ALALC, el Mercado Común Centroamericano y el SELA, dejan al momento un saldo de frustración y desencanto. No obstante, ante el proteccionismo comercial de los países industriales parece haber una conciencia avivada sobre el resurgimiento de los movimientos integracionistas en América Latina. Contra los obstáculos ancestrales convendría impulsar a las instituciones de la integración.

De igual manera, la corriente para lograr el establecimiento de un nuevo orden económico internacional ha logrado resonantes triunfos declarativos pero pocos avances en la realidad. A pesar de ello, la respuesta no debe ser la marginación sino un compromiso racional con los intentos de reestructuración. La opción multilateral, independientemente de los logros concretos, se traduce en influencia en los asuntos mundiales y en un fortalecimiento del poder de negociación. La bilateralidad es para México el camino más seguro hacia la sumisión.

Es entendible que a principios del presente régimen, por la crisis económica, el gobierno se haya concentrado en los asuntos internos y en la moralización de las afectadas relaciones con los Estados Unidos. Sin embargo, tal actitud sólo puede ser entendida como una contracción diplomática forzada que se ha rectificado con las visitas presidenciales a la Unión Soviética y a la República Popular de China, en un intento por redibujar el abanico multipolar de nuestras opciones.

Asimismo, se entiende la posición de México con respecto a Nicaragua, las declaraciones sobre Puerto Rico y el afianzamiento de los contactos con Cuba, como una aplicación de las tesis tradicionales, pero, también como válvulas de escape a la bilateralidad estricta. Deberá ser empeño insustituible continuar el manejo profesional de la multilateralidad.

Con la disponibilidad de los yacimientos petrolíferos estamos en condiciones de fijar un nuevo proyecto de país en el que la política exterior tiene una dimensión de primer rango. Ésta tendrá que formularse de acuerdo con los imperativos y las posibilidades de una potencia media. Ello quiere decir que si las salidas regionales al norte y al sur son inconvenientes o endeble, es menester elaborar un tejido complejo de relaciones en función de materias; sustituir las expectativas de los bloques regionales con compromisos identificados en razón de intereses comunes. En la materia de trabajadores migratorios posiciones conjuntas con países que afrontan el mismo problema; España, Grecia, Turquía y Colombia. En cuestiones petroleras un sistema de consulta con países petroleros de América como Canadá, Venezuela y Ecuador. En el ramo del acero con Brasil y Colombia. En otras materias posiciones conjuntas con países de desarrollo medio y de influencia semejante como la India, Brasil, Nigeria, Suecia, Noruega, etcétera. Lo mismo podría advertirse en otras líneas de productos y temas de interés conjunto.

Los replanteamientos jurídicos mundiales que se requieren para reordenar sobre bases de equidad la cooperación mundial deben acompañarse con la ejecución de una política exterior de potencia media altamente técnica que se oriente al logro de realizaciones concretas.

Si alguna lección alumbró a la última cuarta parte del siglo xx es que no existen fatalismos geopolíticos ni determinismos estratégicos. Es válido el testimonio de la República Popular China, de Cuba, de Vietnam, de la emergencia a la independencia política de África y Asia; de Nicaragua hoy. El hombre sigue siendo la palanca poderosa de la historia y los pueblos los artífices de su destino.